



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO VI ME INCORPORO A LA REVOLUCIÓN Y MI SOBERBIA ES ABATIDA

DESIMPEÑABA EL CARGO DE COMANDANTE de Policía de Nogales, cuando vino el cuartelazo del funesto usurpador Victoriano Huerta y el doble asesinato de nuestro Presidente, don Francisco I. Madero y del vicepresidente José María Pino Suárez.

El Gobernador interino, don Ignacio Pesqueira, desconoció al usurpador el 5 de marzo e hizo un llamamiento al pueblo de Sonora para combatirlo. Acudí al exhorto e ingresé en las fuerzas revolucionarias.

El coronel Alvaro Obregón asumía el mando de las fuerzas del Estado. Inmediatamente presenté mi solicitud para incorporarme al Ejército de la Revolución. Francisco Peralta, que tenía el grado de Teniente, me sustituyó en la Comandancia de Policía y por esta circunstancia se me dio, desde luego, el grado de Teniente, el primero de marzo de 1913. Ese fue el momento más decisivo de mi vida, porque mis principios y convicciones estaban enteramente de acuerdo con las ideas revolucionarias. Lo primero era destruir a los enemigos de la legalidad.

Debo confesar que desde que inicié la carrera militar tuve el propósito de alcanzar el grado máximo. Esta ambición,

natural en cualquier hombre, me daría la oportunidad, si la realizaba, de hacer verdad los propósitos de la Revolución y coadyuvar en la elevación de vida de nuestro pueblo.

Se me incorporó al Segundo Batallón de Sonora, al mando del teniente coronel Orozco. Por lo pronto el batallón fue destacado hacia Agua Prieta. Ahí, tanto la oficialidad como la tropa, recibió intensa instrucción militar.

Nuestra ansia de lucha armada, era grande y por eso lamentamos no haber concurrido a las batallas de Santa Rosa y Santa María.

Se había despejado en el norte de Sonora el acecho y el peligro de las fuerzas federales y, entonces, nuestro batallón fue movilizado a Cruz de Piedra, donde nos acantonamos, cerrando el sitio establecido a la plaza de Guaymas.

En Cruz de Piedra recibí una de las lecciones más importantes de mi vida y que fue, además, de extraordinaria utilidad para la formación de mi carácter.

Lo insólito del caso es que la lección me la impartió un hombre sin instrucción y a quien yo creía, hasta entonces ignorante. ¡Que cierto es que las apariencias engañan!

Era todavía Teniente y estando de avanzada con una sección de infantería, formada por cuarenta o cincuenta hombres y en compañía de otros oficiales, en un punto llamado La Bomba, divisamos un tren que de forzosa necesidad tenía que ser militar y que se dirigía hacia nosotros.

El lugar donde nos encontrábamos era de importancia, porque efectivamente ahí existía sobre la vía del ferrocarril, una bomba que abastecía de agua a las locomotoras, a varios kilómetros de Cruz de Piedra, rumbo a Guaymas.

Era el 24 de agosto de 1913. Habíamos colocado una serie de durmientes, enclavados en los rieles en tal forma que cualquier tren habría de detenerse. Nos preparamos para recibirlo, conscientes de que se trataba de un tren salido de Guaymas

con fuerzas federales. Como nos hallábamos relativamente retirados de Cruz de Piedra, lo más probable era que el enemigo no esperara encontrar resistencia en La Bomba. Además nos habíamos ocultado en la mejor forma posible, para que no nos detectaran. El tren avanzaba lentamente y con cuidado. Nosotros esperábamos tranquilamente, bien parapetados en nuestras “loberas”, o defensas provisionales que habíamos hecho. El maquinista se dio cuenta del obstáculo que le habíamos puesto y paró el tren en seco. La sorpresa para los federales fue tremenda y el pánico cundió, a grado tal que muchos soldados tiraban su fusil y buscaban la manera de salvarse. Muy pronto nos llegó un buen refuerzo, enviado por el cuartel general y aquella fue una verdadera matanza, una verdadera *masacre*. Murió el jefe de la expedición federal, el general Girón, quien se supone, no pudo controlar a aquellos soldados que no eran más que leva reclutada frecuentemente entre indígenas del centro del país o de los alrededores de la Ciudad de México.

Se había mandado informar al cuartel general en Cruz de Piedra lo que acontecía, para que mandaran refuerzos que llegaron al lugar de la acción, a fin de consumar la derrota de las fuerzas federales.

Esta fue mi iniciación en la lucha armada. Mi primer combate. Naturalmente, cuando regresamos a Cruz de Piedra, los oficiales que habíamos participado en la acción, nos dedicamos a celebrar el triunfo y dos o tres nos sobrepasamos. Por esta circunstancia el oficial de vigilancia nos hizo una reprimenda y ordenó a dos oficiales que se presentaran arrestados. A mi me indicó que lo siguiera.

Como éramos jóvenes, el triunfo se nos había subido a la cabeza y seguramente a mi más que a ningún otro. Esto se debió a que un oficial aseguró al grupo que había sido yo el que más valientemente se había conducido en la acción y

confieso, con toda ingenuidad, que yo lo creí. Desde ese momento me sentí un superhombre. Pero el hombre era en verdad aquel oficial que me había ordenado lo acompañara. Se trataba del capitán segundo Francisco R. Noriega, oriundo de San José de Pimas, poblado que se encuentra sobre el río de Sonora.

Noriega era un hombre de aspecto bonanchón; tranquilo y modesto. Pero yo sabía que era un verdadero valiente.

Me condujo a un pequeño cuarto de adobe, como de tres por tres metros y medio. Ahí dormíamos otro oficial y yo. En el cuarto había solamente una silla de madera, burda y barata. Noriega se sentó en ella a horcajadas, abrazando el respaldo. Empezó su perorata, diciéndome que no me había mandado arrestar, porque juzgaba necesario hablar conmigo. Me di cuenta de la intención de sus palabras y lo interrumpí, diciéndole que no necesitaba de sus consejos y que prefería el arresto, que ya sufrían mis compañeros. El siguió hablando con calma, tratando de serenarme. Me dijo que me había llevado allí, porque no quería que los demás se dieran cuenta de lo que tenía que decirme. Agregó, que desde que me había yo incorporado al batallón, me venía observando y que había llegado a la conclusión de que yo “tenía madera” y que si no me desviaba del buen camino era posible que llegara a ser un hombre útil a la Patria. Trato de convencerme que cambiara mi actitud rebelde; que no creyera o me dejara influenciar por muchachos (se refería a los otros oficiales), que no tenían experiencia y que nunca podrían aconsejar nada bueno. Después trató de halagarme e inducirme para que siguiera por el camino recto. En esos momento yo me creía un hombre extraordinariamente valiente; tenía una soberbia sin límites y a medida que el capitán Noriega hablaba, más me enardecía y mi irritación era incontrolable. Perdí los estribos y llegué a lanzar a Noriega frases hirientes, faltándole el respeto.

Todo se debía a la estúpida impresión que se había apoderado de mí. Llegó mi infundado acaloramiento a la mayor de las insensateces. Desafíe a Noriega a muerte. Pero éste con la misma calma que lo caracterizaba, con la misma serenidad, me contestó que aceptaba el reto si yo así lo deseaba.

Mi carabina *máuser*, de caballería, se encontraba recargada en la esquina del cuarto, precisamente enfrente de donde se hallaba sentado el capitán Noriega. La carabina estaba cargada. Di media vuelta, totalmente enfurecido, para recogerla. La levanté y corté cartucho. Di el frente al capitán y mi sorpresa fue extraordinaria. Noriega no se había movido un ápice de la posición que había conservado desde que se sentó. Seguía con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla. Se sonrió, manifestando una seguridad en sí mismo, que era capaz de desarmar al más desalmado de los hombres. Noriega estaba armado; pero ni siquiera intentó hacer uso de su arma.

Di unos pasos hacia él y con la carabina en la mano le pregunté por qué no se alistaba. Con la misma seguridad de siempre, me contestó:

—Porque sé que no me vas a matar. Si lo hubiera creído, de ninguna manera lo hubiera permitido. Tu sabes que no soy ningún neófito en el manejo de las armas y aunque te hubiera dado tiempo de darme el frente, te hubiera inutilizado, sin que hubieras podido usar el arma. Pero precisamente porque te conozco de antemano sabía que no lo harías. Matándome, hubieras perdido tu porvenir y quizás te hubieran fusilado. De ello te diste cuenta instantáneamente. En cambio, si yo te hubiera matado jamás me lo perdonaría. ¡Anda, deja esa arma y en lugar de reñir vamos a seguir platicando!

Reconocí la superioridad de aquel hombre; su serenidad, tolerancia y positivo valor. Pero sobre todo me di cuenta de su bondad. Dejé el arma y volví hacia él. Me cuadré y le dije:

—Perdóneme, mi Capitán, me ha dado usted una lección

de serenidad, de bondad y de valor real. Me ha enseñado usted a ser hombre. Esta lección jamás la olvidaré.

Efectivamente, aquella lección me enseñó a tratar a los hombres con deferencia y, sobre todo a no ser un soberbio.

Desde aquel día el capitán Noriega fue mi más respetado superior y amigo. Durante más de un año estuve incorporado al Segundo Batallón y en ese servicio traté de acompañar al capitán Noriega todo el tiempo posible y cuando dejé el batallón lo seguí queriendo y respetando. Llegó a ser Coronel y jefe del mismo batallón. Murió cumpliendo con su deber en las batallas de Celaya.

Relato este episodio para demostrar cuán fácil es que un joven se desvíe del buen camino. Para mí, la torpe actitud que tuve con el capitán Noriega y que se debía a mi inexperiencia, hubiera sido de funestas consecuencias sin la ayuda de ese hombre, que parecía haberme mandado la Providencia. El me salvó y me encarriló de nuevo por el camino que me había trazado y que de momento había abandonado.

Como había decidido seguir la carrera militar, desde entonces me propuse ser respetuoso con los superiores, obediente y disciplinado. Intentaba ser objeto de su estimación. Me acercaba más a aquellos de quienes podía aprender y aprovechar sus cualidades y conocimientos. Esta táctica la había adoptado desde mucho antes; pero cada vez se arraigaba más en mi vida.